**Sobre dos extranjeros**

 *« La tradición es la transmisión del fuego,*

 *no la adoración de las cenizas.»*

*G.K. Chesterton*

Encontré el libro cuando curioseaba en la biblioteca de mi abuela. Sus hojas amarillentas no pasaban de cien. Lo leí ese día, aunque la fecha no la puedo precisar; tampoco el título, ni siquiera su autor. Pero el impacto que me produjo desterró la idea de una *Historia* ajena a mí; hoy la siento inescindible de mi presente. La trama contaba la epopeya de dos próceres desconocidos para la mayoría. Aunque extranjeros, pasaron a la inmortalidad como pilares de la nación.

El primero se llamaba Terry Corc y había nacido en Galway, al oeste de Irlanda. Sus padres tuvieron 22 hijos, número que no se alejaba de la media del lugar. Demostró su personalidad desde muy pequeño, pues hacía oír sus berridos con ímpetu. Ello llevó a sus hermanos mayores a entremezclar la leche de sus biberones con whisky, subiendo su porcentaje a medida que crecía en edad. Su madre sospechó de la situación cuando a los 9 años el niño se resistía a dejar la mamadera y peleaba por ella con quienes lo doblaban en tamaño. Desarrolló así una afición a la bebida y un carácter pendenciero. La intolerante religión católica hizo de Irlanda un país abstemio y pacato; donde trago, pelea y diversión fueron siempre tabúes. Por ello su padre, comisario del condado, supo que Terry debía partir hacia la tierra de la libertad, pues allí en las condescendientes trece colonias nadie censuraba tales vicios. Rogaba porque mudara de vida y de costumbres, además de lugar. Por aquel tiempo, la cosecha de papas empezaba a ennegrecer y la emigración hacia Estados Unidos era ya masiva. El joven de 18 años fue conducido al puerto por su padre; éste, con su olfato de sabueso, eligió un sólido bergantín para la travesía y así despidió a su hijo. Quiso la fortuna que de entre los 125 buques que zarparon aquel día, tan sólo uno no pondría rumbo hacia el puerto de Nueva York: el “Doña Encarnación”, abordado por Corc. Portaba un cargamento de whisky y se dirigía hacia una remota Buenos Aires, de la que él ni siquiera había oído hablar. Fue un viaje lleno de sobresaltos y tempestades, lo que obligó a Terry a alivianar la carga para seguir a flote. Arribado el barco sin mercancía, fueron recibidos sus tripulantes con vítores, pues aquel saboteado contrabando había sido obra de ciertos salvajes unitarios. Terry Corc fue así condecorado por restaurar la ley y la decencia. Se aquerenció en su azaroso destino y pasó los siguientes años alternando pulperías, cuadreras y calabozos. En este último emplazamiento lo encontró el mes de septiembre de 1861, cuando una gallarda figura hizo su aparición.

Pero corresponde aquí hablar del otro héroe.

Se llamaba Nosneh y provenía de las playas de Somalía, desde donde fue embarcado hacia Brasil como esclavo. En Río de Janeiro, aflojados sus grilletes, logró el ingrato arrojarse al agua y nadar incansablemente hasta las costas rioplatenses, donde se enteró que era hombre libre. Por alguna razón (que ninguna fuente histórica logró confirmar) frecuentó el moreno las casas de las señoras más distinguidas de la ilustre ciudad y se lo empezó a ver con costosas prendas y finas fragancias. Una noche, un encumbrado general llegó más temprano de una tertulia que se creía extensa y sorprendió a Nosneh en su casa, vestido con su uniforme de gala. Sospechó el general, con la agudeza propia que sólo otorga la disciplina castrense, que el africano anhelaba una carrera militar y lo enroló en la milicia. Escaseaban los hombres para la guerra y se aproximaba una batalla decisiva contra Urquiza, el más barbárico de los caudillos.

Acompañó Nosneh la comitiva que recorrió todos los presidios porteños, desde donde se nutrieron -en su mayor parte- las tropas de la culta Buenos Aires. En esas circunstancias se unió Terry Corc a las filas de Mitre, tocándole en suerte la división del africano.

El egregio ejército civilizador avanzaba hacia Pavón y al ser divisadas las huestes enemigas, sonaron los primeros cañonazos. Le jugaron los esfínteres del africano una mala pasada a éste, pues era la primera vez que oía semejante estruendo. Atemorizado por el ruido y por haber ensuciado el uniforme, corrió hacia unos sauces cercanos. También el irlandés aprovechó las primeras escaramuzas para esconderse en el mismo lugar, habiéndose vomitado encima por empinar una caña demasiado aprisa. Unieron su marcha hacia un ancho arroyo y se refugiaron debajo de su puente.

Ante la retirada de Urquiza y sus atónitas hordas, se dispuso Mitre a atravesar el Arroyo del Medio (donde se escondían los dos valientes) para marchar sobre suelo santafesino. Su gallarda figura encabezaba el regimiento. Sabía que dejaba atrás la luz para entrar en las tinieblas. Mas ni bien su blanco caballo pisó el puente, amenazó éste con venirse abajo. Nosneh y Corc, atinaron a sostener los maderos que hacían de pilares, los que desaparecieron en el fangoso lecho y quiso el puente mantenerse en pie apoyado sólo en la humanidad de ambos. Ello salvó al general y a sus sueños civilizadores, pero quitó la vida a nuestros héroes. Luego de cruzar, vio el líder las dos estatuas humanas redentoras y sus ojos se humedecieron. Bajó de su corcel y abrazó los rígidos cuerpos inanimados. Quedó el jefe de los vencedores impregnado de un olor nauseabundo, que conservó no poco tiempo.

Muchos años después de terminado el libro, se me encomendó viajar a Rosario. Transitando por la autopista, a la altura del kilómetro 231, veo el cartel que señala el Arroyo del Medio y decido pasar a rendir mi homenaje. Me bajo del auto y vadeo a pie el agua amarronada hasta el actual puente del ferrocarril. Unos paisanos me advierten que no vaya; sigo igual. Cuando llego, además de la placa conmemorativa, mis ojos ven una imagen que no olvidaré jamás. Regreso, la fetidez me resulta insoportable.